



Abadía de Holy-Cross, en Irlanda.

A ocho millas de Cashel, sobre la risueña orilla del Suir, que baña con sus aguas estensas graderías, se levantan las magníficas é imponentes ruínas de la Abadía de Holy-Cross, en el centro de una aldea miserable.

Esta abadía fué fundada en 1182 por Donald O'Brian, rey de Munster, en presencia de Gregorio, abate de un monasterio, del arzobispo de Cashel, y del obispo de Limerick. La iglesia, destinada á recibir un pedazo de la verdadera cruz que había sido regalada á Murtagh, rey de Irlanda, por el soberano Pontífice Pascual II en 1110, tomó el nombre de Holy-Cross; que significa en nuestro idioma *Santa Cruz*. La reliquia preciosa, engastada en oro y guarnecida de pedrería, fué por mucho tiempo el objeto de la veneración pública. Numerosos peregrinos, entre los cuales figuraron nombres ilustres, afluyen constantemente á Holy-Cross. Hoy en día los devastadores efectos del tiempo van reduciendo progresivamente á polvo el suntuoso edificio, y los vastos dominios que pertenecían á los monjes han sido cedidos al conde de Ormond por la renta anual de 15 libras esterlinas!

La arquitectura de la nave es inferior á la del coro y á la de la torre alta y maciza que está sostenida en sus fiancos por elegantes botarifes. El techo está delicadamente trabajado, y hay en él cinco agujeros que daban paso á las cuerdas que servían para poner las campanas en movimiento. Las dos naves laterales están trabajadas con el mismo gusto. La del norte está dividida en dos capillas; una de ellas que contiene la pila bautismal y un altar en forma de sepulcro medio destruido, recibía la claridad del día por una ventana de figuras y dibujos extraños.

En el coro hay dos monumentos de un estilo original y triste. Uno de ellos consiste en dos filas de arcos ogivados que surgen de los extremos de unas columnitas cuyos bases están llenas de adornos, y cuyos cuerpos forman medias cañas en espiral. En uno de sus costados hay una pila para el agua bendita. Según sus dimensiones, se puede creer que el indicado monumento era un cenotafio destinado á recibir los cadáveres durante la celebración de las misas fúnebres de

cuerpo presente; ó tal vez sería la urna donde se depositara la santa reliquia para que la adoraran.

El otro monumento no es menos notable, ni menos interesante á uso á que se le destinara. Del ramate de unas columnitas delgadas de mármol negro surgen tres arcos de forma elegante que sostienen un dosel de piedra sobrecargado de adornos que se hallan también en los pedestales. Hay en él cinco escudos: dos de ellos ostentan una cruz, y los otros tres tienen las armas de los Fitz-Gerald. Esto ha hecho suponer que aquel elegante mansión fué erigido á la memoria de la hija del conde de Kildare, esposa de Jaime IV, conde de Ormond (conocido comunmente por el *Caballero blanco*), la cual murió en 1405.

LOS GENIOS GEMELOS.

PRIMER PARALELO.

SAFO Y SANTA TERESA DE JESUS.

Voy á buscar la analogía, la similitud, la identidad entre las dos mugeres que parecen en el mundo mas diferentes; y antes de empezar me dirijo esta pregunta: ¿Qué analogía, qué similitud, qué identidad puede haber entre dos seres que nacieron separados por veinte siglos, entre una griega de la república y una española del absolutismo, entre una poetisa de Atenas y una doctora de Avila; entre la querida de Faon y la esposa del Redentor, entre una vacante y una virgen, entre una gentil y una santa, entre una suicida y una mártir, entre Safo y Santa Teresa de Jesus?

Mafo.

Los escritores griegos se dividen en dos opiniones al hablar de Safo. Unos la presentan como una mujer desordenada, que murió en 24 de Mayo de 480.

frias las cenizas de su esposo, corre livianamente tras de un ingrato amante; y otros bajo la imagen de una poetisa vehementemente y desgraciada, á quien su propia elevacion de pasiones la conduce á la deshonra. Los enemigos de las poetisas claman contra la degradacion de su vida, sin darse en otro testimonio que en el eco de su fama; y los amigos de las poetisas defienden la fama de Safo, atribuyendo á la envidia de las otras mugeres la calumnia que pesa sobre su nombre.

En la sola oda que de los grandes volúmenes que escribió Safo respetaron los siglos, se han fijado con avidos los ojos de sus contrarios y de sus parciales para describir el enigma de su pasion terrible. Unos han creído hallar en cada palabra expresado distintivamente el sentido de criminales deseos, y otros el amoroso delirio de una ternura insaciable.

En su busto esculpido sobre las monedas se han detenido tambien los contendientes á hacer un examen rigoroso. Para unos las lineas de su perfil, la actitud de su cabeza y el desmayo de sus labios, han sido claros indicios de su mala organizacion y de sus inclinaciones deshonestas; y para otros la soberbia de su frente, lo erguido de su cuello y la significacion de su gesto, han sido victoriosas pruebas de su carácter noble y de su imponente dignidad.

Así disputan los anticuarios sobre una inscripcion, cuyas letras ha borrado el tiempo; y así en un comentario se duda si los huesos de una tumba sin epitafio pertenecen á una religiosa ó á una muger del mundo.

Yo no voy á aceptar ni la opinion de los que condenan á Safo ni la de los que la absuelven. Una oda y un busto no pueden ofrecer al estudio fisiológico ninguna razon segura acerca de la persona que pereció tantos siglos hace, ni revelar los profundos misterios de su existencia. Yo no distingo la figura de Safo sino reflejada en el espejo de la tradicion, que empañado por la niebla de los tiempos, ha podido descubrir su belleza mostrando una fisonomía distinta de la que fué; pero que no deja duda acerca de la que es, y que en tanto el cristal dure conservará la imagen de lo que será. Tal vez la Safo original no se parece en nada á la Safo traducida. Tal vez la Safo que nosotros es un fantasma, es una nube que ha levantado en las revoluciones de la historia el calor de la imaginacion del poeta, y que adopta formas y colores segun el punto de vista que ocupa sobre los pueblos. Yo ni dudo, ni creo, ni disputo acerca de semejante creacion: la considero tal como la presenta su gloria.

Tal como la presenta su gloria es una poetisa sensible que ha tenido la desventura de enamorarse de un joven vulgar, y que emplea todos los recursos del amor para nivelar á su corazón el de su amante. Le instruye en la poesia, ilumina su entendimiento con las lecciones de su ingenio: es la maestra, la hermana, la esposa á un mismo tiempo, de aquel que adora con una incansable solicitud. Pero así como no es posible que un hombre ciego comprenda la belleza de la muger que no ve, así es imposible que un hombre vulgar comprenda el amor de una poetisa. El amor puede ligar á estos seres un tanto que el vago fuego de los sentidos mantenga la union de ambos; pero en el momento en que la poetisa hace uso de la facultad de sentir con el poder del entusiasmo, estos dos seres se divorcian moralmente. La poetisa siente con las creas de la fantasia amores ignorados al vulgo, y busca la correspondencia de ellos en la inteligencia poética de su amante. Si está no la posee, el amor de la poetisa se declara en viudez. Pero un corazón que ha adquirido el hábito de amar no se conforma con renunciar al objeto que eligió equivocadamente; y de aquí los esfuerzos de Safo por hacerse comprender de su amante, y de aquí su desesperacion por no ser comprendida. Un rayo de luna que bañase la frente de Faon era para la poetisa un manantial fecundo de inspiraciones y de placeres. Todas las noches de luna las hubiera dado Faon por una copa de Chio y una hora de buen sueño. Y hay más: el hombre que se ve amado con una pasion superior á la que él siente, se causa del afecto que inspira. Su amor propio, que solo escita la contradiccion, busca otras difíciles conquistas y desprecia las que han sobrepasado á sus esperanzas. Una pasion, tal como la sentía Safo, no debía ser correspondida sino por un poeta tan sublime como ella misma.

Mas no es fácil que dos ingenios dotados de iguales facultades de sensibilidad y de imaginacion se encuentren en un mismo siglo á la distancia precisa para corresponderse. La naturaleza, que tan en armonía está para producir seres de todas especies entre los de segundo orden, que engendra en cada generacion millares de seres organizados perfectamente para corresponderse entre sí, es incompleta y estéril en la reproduccion de los seres superiores. Todos los hombres vulgares pueden lisongearse de hallar en el mundo su compañera. Y todavía en los irracionales es más perfecta la armonía. Entre las aves nacen las palomas amantes de dos en dos. En el reino vegetal cada palmera tiene su palmera correspondiente. El consorcio de la inteligencia es más difícil.

Los grandes ingenios nacen por lo regular aislados, y viven mu-

ritamente cóntritos. Esta soledad, este abandono del alma que há producido en los tiempos modernos el escurismo de Byron, el trismo de Espronceda y el suicidio de Larra, debió ser la causa de la desesperacion de Safo.

Faon, aunque emmorado un instante por el deslucramiento de los sentidos, recurrió bien pronto que Safo no era su compañera. Aquella sobreexcitacion del entendimiento que la hacia producir cantos incomprensibles para Faon, debía maravillarlo demasiado y alejarle cada vez más de su cariño. La superioridad intelectual de una muger será eternamente una barrera que la separe del querer de los hombres. No aman los hombres sino lo que está al nivel de ellos. Lo que está más alto ó lo admiran ó la desprecian. Para que Faon pudiera comprender y amar á Safo, era preciso que hubiese nacido con el alma de Homero.

¡Homero! ¡Safo! ¡lejanos ástros que tardan siglos en describir su órbita, y que por eso no aparecen dos en una noche, dos en un año, ni dos en un siglo!...

Pero aunque es difícil que dos poetas de primer orden, de diferente sexo y con igual temple de sensibilidad se encuentren en una misma época, si por ventura aconteciera, no habria poder humano que evitase su reunion. Tengo para mí, que nacidos en apartados climas y sin haberse visto nunca, habian de presentarse y agitarse, y se habian de entender y amar por el misterioso impulso de sus almas. Esos fenómenos, que en el órden físico se observan, esa convulsion del mar por el movimiento de la luna, se repiten en el órden moral con las mismas incomprensibles relaciones. El ave que adivina la tormenta, la brújula que marca el polo, no son más sensibles que el corazón humano en las flamas de su amor. Tambien en las regiones de la inteligencia hay una atmósfera más ó menos cargada de electricidad, con su ambiente, sus nubes, su fuego, que sentimos en el espíritu, como en su cuerpo el ave. Tambien hay sustancias llenas de abstraccion, llenas de magnetismo, que nos inclinan al polo por la misma oculta maravilla que los hombres no saben explicarnos: ¡Oh! si el siglo de Safo hubiera producido un corazón y un ingenio semejantes al suyo, no hubiera profanado su lira cantando á Faon.

Feliz quien junto á ti, por tí suspira:

Quien goza del placer de oír tu habla.

Peró Tirteo, Aleman, Arion, Lesches, eran poetas barto inferiores á Safo. Sterichore se hallaba en la decrepitud; y por lo que hace al divino Alceo, fué un cobarde que comprendió la lujuria en la primera batalla en que se halló, y un falso, que intentó vender la libertad de los griegos, despues de haber jurado defenderla. Safo no tenia en Atenas un poeta digno de ella.

Acerca del extraordinario ingenio de Safo estan de acuerdo todos los escritores griegos, y puedo citar las palabras de Demetrio y de Strabon.

«Muchas mugeres, dice el primero, han cultivado en Grecia la poesia; pero ninguna con el éxito de Safo.»

«Entre nuestros poetas, dice el segundo, no hay ninguno que merezca ser preferido á Safo. Ella ha pintado cuanto la naturaleza ofrece de más bello.»

Todavía Plutarco la elogia con más viveza.

«¡Qué fuerza de genio! esclama. ¡Cómo nos arrastra cuando nos describe los encantos, los trasportes, la embriaguez del amor! ¡Qué pintura! ¡Qué fuego!... Dominada como la Pithia por el Dios que la agita, arroja en el papel sus expresiones inflamadas.»

Safo puso una academia para instruir en la poesia á las doncellas de Lesbos, y en pocos años logró hacer descollar á Erinna y á Damolla.

Enemigas numerosas, enemigas implacables halló Safo en las cortesanas de Atenas. Las que fundan en los pueblos el imperio de la moda, las que imponen á la juventud la ley del placer, las que no tienen otro don que el de la hermosura, arman contra Safo el ridículo y la calumnia. La belleza del talento ofrece su defecto como la belleza de las formas; y esas mugeres ignorantes y bellas han de irritarse siempre con la que pretende inspirar á los hombres un sentimiento diferente al que ellas inspiran. Una poetisa es una rival terrible para toda una generacion de mugeres. La aparicion de una poetisa es siempre nueva, es siempre estraña, porque no se ve jamás sino de tarde en tarde, y la sociedad no tiene tiempo de acostumbrarse á su presencia.

Ninguna muger ve en Safo al ingenio que ha de levantar la gloria de su sexo, y sostenerla por toda una eternidad, sino á la muger célebre que ha de atraerse las miradas de los contemporáneos; á la rival peligrosa, cuyo nombre se escucha por todas partes y despierta la curiosidad del jóven, atrae las simpatías del sábio, y reina en la mente de todos: ¡Qué remedio han de encontrar las griegas contra el pensamiento que se apodera de las cabezas de la juventud, ni cómo han de liberarse del influjo de una rival que las domina por el espíritu?

Así se irritan los celos en un ejército de mugeres armadas contra

la enemiga universal. Así, por un movimiento espontáneo se forma una cruzada para destruir á la poetisa que se atreve á ostentar un encanto superior al de la hermosura. Así la envidia dirige los dardos de la calumnia y envénena el nombre que no puede anonadar. La ironía, ese agudo acero que abre con una sonrisa una herida de muerte en el entusiasmo, brilló en los salones de Atenas como en un campo de batalla. Las mugeres frías, calculadoras, egoístas, malvadas, se recogieron en el círculo de sus leyes femeniles para dejar sola en el ridículo á la que se presentaba á reclamar para su sexo el derecho de la gloria.... ¡Oh! ¡mucho debió combatir la hija de Miltene para alcanzar sobre sus enemigas la gracia de poder ilustrarlas! ¡Para fundar una academia y pagarlas en lecciones sus infamantes calumnias! ¡Para consumir su vida con la fatiga del estudio y levantar del olvido veinte nombres que de otra suerte no conocería la posteridad! ¡Para hacer inmortales los nombres de Damofila y de Eriana!

¡Oh! ¡yo que he vacilado en absolver á Safo, prevenido mi juicio por las gausaciones de los escritores griegos, siento que un rayo de verdad aclara las tinieblas de la historia. Mi corazón ha palpitado por instinto al describir la guerra de las mugeres contra las poetas, y descubro al través de las naciones el origen de ese infortunio que acompaña á las mas ilustres heroínas. Tal vez ¡pobre Safo! fuiste el modelo de la virtud, y tu amor sencillo y tu fé leal prestaron á las calumniadoras el hilo sutil con que tejieron la red en que envolvieron tu vida. Ahora creo reconocer en tu canto un sentimiento inocente cuando dices: «que la de los dioses no ignora á tu dicha, si vez surgir á tu amante!» ¡Ahora creo hallar en tu suicidio el arrebato de un corazón bueno y generoso, ciego de dolor y desesperado por tan duras ofensas y tan crueles desprecios!

No, Safo no era mala; y esas palabras de virtud que coloca en sus labios el recto Aristóteles, no fueron hijas de la hipocresía. El alma de Safo era ingénua, y por eso su amor prestó fundamento á la calumnia. Safo nació para redimir á su sexo del desprecio en que le tenia la superioridad de los hombres, y como redentora fué mártir. En vano consultó á los oráculos. Las pitonisas engañaban su credulidad.

Si Safo era una muger llena de abnegación, una muger sublime que consagró su existencia á las nobles pasiones. La inspiración de la poesía no desciende á los seres innobles, á los seres degradados. Safo engrandeció las artes. Safo regeneró el entendimiento de las mugeres de Atenas, y esa estíptica que Silanio famoso la osculpó en vida, y esas monedas que se acuñaron con su busto, y ese delirio de la Grecia por el nombre de Safo, no podían ser ovaciones á una muger envejecida!

Ahora recuerdo que los escritores que acusan á Safo son los mas posteriores á su siglo.... Ahora medito en que muchos hombres opinan contra la ilustración del bello sexo, y trabajan por sofocar sus instintos de gloria.... Ahora comprendo que tambien la envidia se apodera de las almas varoniles....

Yo aparto mis ojos de esos ingratos éseritos, cierro mis oídos á esos vagos rumores que pretenden deslucir la aureola de Safo, y la veo y la escucho por la vision del entendimiento, y la juzgo por la conciencia del corazón.

Safo triunfa en la sábia Atenas, y la admiración, el entusiasmo de un pueblo entero, y el amor de cien discípulas, premia el celo de sus tareas. Pero gloria y amistad abandona por Paon, á cuyos pies coloca la coronas con que ha sido premiada en el templo de las artes. Paon acepta su ofrenda para adornarse con sus laurelas, desprecia el brillante ingenio y se une á otro.

¡Ay! el dolor que debió desgarrar las entrañas de Safo es inconcebible para las que tenemos el consuelo de la religion cristiana! Nosotras no podemos saber hasta qué grado de exaltacion llegó la fiebre de aquella inflamada cabeza, pocos momentos antes de cometer el suicidio. El mar de Grecia que apagó el ardor de su sangre herviente y gangrenada por los celos, el mar de Grecia, que comprimió los últimos latidos de su pecho destrozado, que sofocó sus últimos sollozos, el mar de Grecia solamente pudo saber cómo hizo su tránsito á la eternidad esta triste alma envenenada!

Teresa.

Bajo tres puntos de vista distintos hay que considerar á Teresa. Como muger, como monja y como poetisa. Todo lo que tiene de la muger la eleva á la altura de las mártires santas. Todo lo que tiene de la monja amengua su grandioso carácter. Todo lo que tiene de la poetisa inmortaliza su nombre.

Noches enteras sobre el libro de Teresa he meditado en lo que debió sufrir esta muger grande, y me he identificado con su infortunio.

Teresa era por la inocencia de su alma niña todavía, cuando se enamoró de un jóven. Sus palabras amorosas se partecan á las del cantar de los cantares. Todo su amor era plácico. Las horas, deslizaba platicando, que esas desdichadas las á borrasca.

Pero su amante llega á pedir su mano, y Teresa se halla en un gran conflicto. Un sentimiento instintivo de repulsion la detiene. Por la primera vez piensa en su castidad. Compara su vida con la que le curaban de su amante, y rehusa. Pero el corazón de Teresa lleno de ternura, vuelve á sentir la necesidad de amar, y torna á encontrarse en la misma lucha de contradicciones. ¿Qué son estas contradicciones? ¿Será que Dios ha puesto en el alma de las mugeres inteligentes y puras la conciencia de su valia, y temen degradarse con el contacto de seres menos puros que ellas?

En el siglo de la inquisicion todos los sentimientos humanos, todas las verdades fisiológicas se esplicaban por la teología. La mente de aquellos sabios no se ocupaba sino de ideas abstractas, que tuvierén relación con la divinidad, y miraban con desden el estudio del corazón. Una doncella enamorada era cuando mas un objeto de compasion para los doctores de la iglesia, que no podían resolver el problema de sus afectos contrarios, sino por la *inspiracion de Dios y las sugestiones del demonio*. Una doncella que en sus perplexidades acudiese al confesionario, quedaba confundida y espantada del estado de su alma, y corría á hacerse la esposa de un hombre ó la esposa de Dios para evitar la condenacion eterna. Todo detenimiento en las contemplaciones del amor, que á la par deseaba y temía eran miradas como una llama impura que brotaba de las hogueras del infierno para arrastrarla á la perdicion. Amar espiritualmente, amar con las ilusiones de la inocencia, con el vago encanto de un corazón virgen que se sustentaba de palabras, de miradas, de armonía, de luz, era un crimen para los frailes.... ¿Qué sabian los frailes de amor espiritual? Si la doncella defendia el derecho de vivir algunos dias mas de libertad embebecida en sus cándidos sueños, recuerdos aun de los dias infantiles, era la *tentacion de Satanás*, que escondia sus uñas entre las blancas muselinas de su lecho para mejor despedazar el honor de la doncella. El pudor que resistia era la *malicia siempre del enemigo*. El llanto que la arrancaba el sacrificio de su amor, era la *flaqueza de la criatura*.

Así debieron esplicar á Teresa los caprichos doctores las causas de sus aflicciones y de sus dudas, cuando enamorada todavía de un hombre, se decidió á consagrarse á Jesús. Creo verla en este supremo instante de renunciar á lo que amaba, indecisa y atormentada poner solemnemente la mano sobre su pecho y prorumpir en llanto. Representase la tierna felicidad de dos seres unidos con el lazo santo de una mútua pasion, y advirva que esta felicidad ha debido existir en el mundo. Vuélvase á pensar en su amante; pero de nuevo retrocede, de nuevo compara y pregunta á Dios: ¡Mi compañero dónde está?

Todavía arroja una mirada en la juventud del siglo XVI para ver si halla al compañero que le ha destinado Dios; pero el siglo está desierto, el mundo la murmura, su honor padecer, las confesores la estrechan, y Teresa se encierra en el claustro.

Trista, muy triste debió ser el dia de aquel suicidio moral en que se robaba al mundo el mas claro espejo de las virtudes, el mas bello modelo de su sexo, para sepultarla en la oscuridad de un claustro, y consumir en insomnios y abstinencias una fuerza que hubiera podido emplearse en beneficio de la sociedad. Porque si aquella muger heroica hubiera encauinado su enérgico instinto hácia la educacion de las familias, si los veinte años de inauditos trabajos que pasó para fundar conventos y educar ediles, los hubiera empleado en fundar colejos y en instruir á las madres, hubiera regenerado á España. Apartando de la corrupcion á mil doncellas, no hacia fino disminuir el número de las malas mugeres. Pero dando á la sociedad mil madres educadas, hubiera aumentado el número de los buenos hijos.

Mas daño que los luteranos hacia á la religion el pervitimiento de las costumbres, y si Teresa hubiera aplicado su camino de perfeccion, á la perfeccion, no de las monjas, sino de las madres, hubiera hecho brotar una generacion ilustrada en vez de secarse en el corazón de sus vírgenes.

Esas mugeres superiores á su sexo son las que han de empezar la obra de la educacion. Esas grandes abejas que vienen de primavera en primavera al campo de la sociedad, son las que han de reunir á las abejas dispersas. ¡Oh! qué rica hubiera sido la colmena si la maestra de estas pobres abejas que se devoraban en la inaccion y el desorden hubiese dirigido sus tareas á la utilidad del género humano! pero los frailes espantaron del mundo á la gran maestra, y la encerraron donde ni luz, ni agua, ni flores tenia para labrar sus panales.

La mano de los frailes detuvo el progreso de un siglo y esterilizó el mas productivo de todos los talentos de muger, y la mas fecunda de todas las virtudes. Felipe, á quien deslata la historia por ser tan sabio, no comprendió mejor que los frailes la misión de Teresa. No la consideró sino como á una bestia, que debía conjurar con sus rezos la invasion de los luteranos, y la protejió para que inspirase á otras vírgenes su lealtad, diezmando las familias con la institucion de nuevas órdenes.

El fanatismo ahogó aquel día el noble impulso del genio, que pretendía abrirse camino por medio de los pueblos, para ilustrar á las gentes.

Remordimientos del amor y de la inteligencia sacrificados deliraron agitarle con horribles tormentos en aquella organización vigorosa cuando la redujeron al estado que vamos á describir, repitiendo sus palabras.

«Quedó de estos cuatro días de parasitismo, de manera, que solo el Señor puede saber los insoportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida, —há aquí, abierto de paso, un magnífico verso endecasílabo: —«la garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estar descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encojida hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear ni brazo, ni pié, ni mano, ni cabeza, mas que si estuviese muerta.....»

«Fuémos aquella noche un parasitismo, que me duró estar sin sentido cuatro días, poco menos. En esto me dieron el sacramento de la unción, y cada hora á momento pensaba espiraba, y no hacía sino decirme el credo, como si alguna cosa entendiera. Teníame á veces por tan muerta, que hasta la cara me hallé después en los ojos.»

«Día y medio tuvieron abierta la sepultura en el monasterio aguardando el cuerpo allá. A la que esperaban muerta recibieron con alma; mas el cuerpo peor que... muerto, para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que solo los huesos tenía: ya digo que estar así me duró mas de ocho meses el estar tullida, tres años. Cuando comencé á andar á galas alababa al Señor.»

Descripción que horroriza, porque se ha visto al corazón, luchar, resistir, desahucarse, y quedar con un resto de vida, para que la muerte no le dé descanso, para que sea larga la agonía.

«¡Oh! ¡una criatura tan hermosa, que era pasmo de las gentes se suicida en la belleza y asiste á los funerales anticipados de su juventud; y vé pasar la imagen de sí misma sin dejar á su amor una débil copia; y se levanta como una sombra sobre su propia tumba!»

«¡Oh Teresa! ¡Quién sino una mujer podrá comprender el valor de este triunfo! Nosotras que sabemos cómo la sangre hierve en nuestras venas en esas horas de fiebre en que nos abrasa la pasión, nosotras, que sabemos cómo el recuerdo de una mirada hace vibrar nuestras fibras, nosotras podemos comprender lo que sufriste hora por hora en esa gran batalla del espíritu contra el corazón! ¡Esas noches de locos insomnios, de sueños falsos en que el dolor físico y el dolor moral reunidos en nuestro desventurado cuerpo nos hace ver iluminado el aire, globos de luz en la oscuridad, y nos hace escuchar ruidos sordos como de un torrente lejano, como de una rueda que gira! ¡Esoz vértigos, esos delirios, esas ansias, esos desmayos, esa postración que lentamente viene después que hemos consumido gota á gota el caudal de nuestra sangre en la enfermedad; los comprendemos nosotras! Pero ¿quién, Teresa, tendrá la virtud de aunar como tú á Dios el remedio de ese tremendo martirio, y quién sino tú puede considerarse dichosa, porque al fin el dolor dejó tus miembros tullidos y te permitió arrastrarla por el suelo?»

He dicho que todo lo que tiene de la monja amenguó su grandioso carácter: en efecto, se advierte en Teresa, como monja, una tendencia tan exagerada á rebajarse, una sumisión tan esclava al saber de los hombres, un fanatismo tan exaltado hacia las preocupaciones absurdas de las órdenes religiosas, que altera la ingenuidad, desfigura la sencillez de su alma. Por muy humilde que sea una criatura, no hace ahogación de la conciencia que Dios ha puesto en ella para que conozca su propia dignidad. Dejaría de ser sensible el ser que no conociera la satisfacción íntima de sus virtudes, y sería despojar á la humanidad del derecho de estimarse si se la supusiera ignorante para juzgar sus propios actos. Teresa conocía el valor de las virtudes, puesto que las practicaba; y si las practicaba porque las conocía, debía saber que estaba en posesión de su tesoro. ¿Por qué declararse la mas ruin y pecadora de las criaturas? ¿Por qué afirmar que su maldad la apartaba? Por modestia, responderán los frailes. Pero esto no es exacto. La modestia es el silencio del orgullo. La modestia no es la ostentación de la humildad.

Teresa aturbó enano escribió y cuanto habla á revelación de las visiones. Teresa confía á un ignorante fraile el precioso caudal de una obra que ella misma cree inspirada por Dios, y le ruega que lo destruya. ¿Si tanta era su fé en la gracia divina, por qué sometió sus ideas á la aprobación del fraile á quien se reconoce superior en talento y virtudes? Si duda de su propio talento, ¿por qué dice que lo inspiró la gracia divina?

La monja lo explica así en el libro de su vida.

«Siempre que el Señor me daba una cosa en la oración, si el confesor me decía otra, me tornaba el mismo Señor á decir que lo obedeciese. Después el Señor le volvía para que me lo tornase á mandar.»

No puede darse una solución mas ingeniosa que esta conformidad

entre Dios y el fraile para ponerse de acuerdo en lo que habian de mandar. El grande corazón de Teresa se compenasa, su espíritu se amilana, su entendimiento su confunde, y hasta su buena fé vacila cuando habla como monja. Monja perfecta era, yo no lo niego; pero cuanto mas perfecta la monja, mas imperfecta la mujer. Todo cuanto hace la monja es contrario á la naturaleza, á la verdad, á la inteligencia, al derecho de la criatura. Para ser buena monja hay que difrazar las pasiones, abdicar la reflexión, y despojarse de toda legítima dignidad. No era dado á Teresa presentarse de otro modo en un siglo en que dominaba la superstición y el despotismo eclesiástico. Pero es doloroso ver que ni la santa pudo librarse de aquella contagiosa humildad que prevenia el desprecio de sí misma hasta la bajeza de aquel abuso de la doctrina de Jesus, que hizo tantos hipócritas por hacer tantos santos. El monje fué para Teresa como una treta que puso á su sencillo carácter. Teresa no habia menester el encierro para ser santa. Mujeres del temple de Teresa pueden marchar solas por medio de la sociedad sin temor de desentramarse. Mas difícil debió ser á Teresa el conservarse pura en la inocencia y la soledad del claustro, que le hubiera costado entre el bullicio y movimiento del mundo; porque los dos enemigos mayores de la virtud de las mujeres son la inocencia y la soledad. Tal vez Teresa no habia nacido para esposa de un hombre. Tal vez el don de la teoría absorbe la facultad de la práctica, y le estaba vedado á Teresa ser esposa y ser madre para poder dirigir la educación de las madres y de las esposas. Tal vez necesitaba la concentración de sus afectos, la vida céntrica, la virginidad, para escribir esas inmortales obras llenas de convicción profunda, llenas de virtud patente, que habian de instruir á generaciones de mujeres. Pero cercándola de yerros y escudándola con votos, no hicieron los frailes sino desvirtuar la gracia de la fortaleza que Dios la habia concedido.

Apartemos la vista de la monja para admirar á la poetisa. Teresa, como poetisa, no tuviera rival en el mundo si no existiera el nombre de Safo.

En vano las hijas de Bretaña y las eruditas francesas formarán un catálogo de ilustres mujeres que llenaron la Europa con el sonido de su fama. Una página sola del libro de Teresa encierra mas poesía que centenares de volúmenes de las extranjeras ediciones.

Empezando por el libro de su vida, esta sencilla historia escrita con la unción de la verdad y de la fé, es un gran poema religioso. Cualquiera de los párrafos que parecen prosa, porque no tienen consonantes, es un canto por la enaltecimiento de sus pensamientos.

Así esclama, después de referir con la viveza del dolor sus continuas tribulaciones.

«¡Oh Señor mío! ¿Cómo sois vos el amigo verdadero, y como poderoso cuando queáis poderis, nunca dejáis de querer si os quieren! Alaban os todas las cosas, Señor del mundo. ¡Oh! ¡quién dice voces por él para decir cuán fiel sois á vuestros amigos! Todas las cosas faltan. Vos, Señor de todas ellas, nunca faltáis. Poco es lo que dejáis padecer á quien os ama. ¡Oh, Señor mío, que delicada, pulida y sabrosamente! ¡Oh! ¡quién nunca se hubiera detenido á amar á nadie sino á vos! Parece, Señor, que probais con rigor á quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda en mayor extremo de vuestro amor. ¡Oh, Dios mío! ¡y quién tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras para enaltecer vuestras obras como tú entiendo mi alma!»

Todo el libro está escrito con este poético entusiasmo.

El camino de perfección es un tratado completo de educación, y es por lo mismo mas filosófico que poético. Pero cuando abandona Teresa la parte doctrinaria y deja volar su espíritu en la contemplación de Dios, se la oye que esclama:

«¡Oh, Emperador nuestro! Sumo poder, suma bondad, la misma salubridad, sin principio, sin fin, sin haber términos en vuestras perfecciones, son infinitas sin poderse comprender, un piélago sin suelo de maravillas, una hermosura que tiene en sí todas las hermosuras.»

Las moradas interiores son otro poema; pero un poema érico en lo abstracto. Un poema dividido en siete cantos, las siete moradas del castillo, bajo cuya alegoría representa el alma. La poetisa trasforma las pasiones en guerreros, que combaten este castillo, y anima con el calor de las imágenes mas vivas la resistencia de la virtud. Los teólogos contemporáneos de Teresa hubieran necesitado un tirrigo de indigesta metafísica, para dar esta definición del alma, que Teresa hace comprender con algunas metáforas solamente.

«Antes que pase adelante os quiero decir que consideréis qué se ve este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en las mismas aguas vivas de la vida, que es Dios; cuando cae en un pecado mortal, no hay tinieblas mas tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho mas.»

El pensamiento, la combinación de formas de *las moradas interiores*, su desarrollo, y el feliz término que pone Teresa á esta obra

atrevida, colocan á su autora al nivel de los mas altos ingenios es-
pañoles.

Pero donde se comprende la inspiración profética de Teresa, es en los *conceptos del amor de Dios*. Nada se ha escrito despues del *cantar de los cantares*, de mas tierno, de mas apasionado, de mas divino. Los *conceptos del amor de Dios* son un continuo arrobamiento, un delirio de amores santos, que dejan el alma lánguida con su lectura. ¿Cómo debía sentir Teresa cuando escribía así sobre este versículo de la Biblia!

«*Sostenedme con flores, fortalecedme con manzanas, que me desmayo de amar.*»

«¿Qué lenguaje tan divino este para mi propósito! ¿Cómo esposa santa, mataos la suavidad, porque segun he sabido; algunas veces es tan excesiva, que deshace el alma, de manera que no parece ya que la hay para vivir, y pedis flores? ¿Qué flores son estas? Porque este no es el remedio, salvo si no las pedis para acabar ya de morir, que á la verdad no se desex cosa mas, cuando el alma llega aquí.»

Bajo tres puntos de vista distintos he considerado á Teresa, y á pesar de eso no hemos visto de ella sino media fisonomía. Teresa es un genio medio desarrollado, y vale todavia mas por lo que no ha hecho y por lo que no ha escrito, que por su vida y sus obras. ¿Pero cómo esplicamos un mérito negativo? ¿Cómo en una pintura comenzada podeis elogiar la perfección de los rasgos que faltan al lienzo? Yo os lo diré. Si la pintura es de Murillo debeis adivinar cuando los ojos de la imagen están dibujados, cómo deba ser la boca que armonice con ellos. Por esos acentos que se escaparon de los labios de Teresa, podeis adivinar cómo hubieran sido sus cantos si los frailes no los ahogáran en su garganta. Por esos libros que se escaparon de las llamas de la censura, podeis adivinar cómo fueron los que redujeron á cenizas sus directores espirituales. Sobre aquel cráneo pesaba uno mano de plomo que nó la permitía levantar sus ideas sino á la altura de las preocupaciones. Adivinad cuál habria sido su vuelo con aire y libertad. Adivinad cómo hubiera cantado Teresa fuera de aquellas cuatro mezquinas láminas que reducian á tan pequeñas dimensiones todas las ideas poéticas.

Dad á su vista campos de risueña vejetación, la alegría de nuestros hermosos rios, la contemplación del magestuoso océano. Llevadla desde las columnas de Hércules hasta el golfo de Nápoles. Desterrarla como á Stael á la romántica Suiza, para que se agraven sus meditaciones filosóficas bajo la sombra de aquellas áusteras montañas y de aquel nebuloso cielo. Que se embarque como Lady Stanolpe en los mares de Oriente, y que vaya á nutrir su pensamiento con la sávia religiosa que circula hasta por los troncos de los cedros del Líbano. Que torne mas tarde á Europa y oiga como Jorge Sand la voz de los sábios de Francia, y que termine su peregrinación recorriendo los bosques de la América virgen. Entonces conocerá todas las grandezas de Dios, todas las miserias de la humanidad. Entonces se ditatará su mente comprensiva, y romperá en un canto, resúmen de todos los humanos ecos, y tan alto como el himno que los profetas elevaban á Dios. Entonces veriais la juventud lozana de ese genio, que enfermó en la niñez y murió de consunción en el limitado círculo de un monasterio.

Safo y Teresa.

¿Cuánta diferencia parece que existe entre estas dos mugeres; y á pesar de eso qué analogía, qué similitud, qué identidad hay en las dos!

Allí veo á Safo enmedio de sus discípulas.

Allí veo á Teresa enmedio de sus hermanas.

Ambas regalan generosamente á esta pobre mitad del género humano el caudal de sus lecciones, y ambas sienten un amor intenso hácia sus discípulas y sus hermanas.

La caridad se revela en Safo por la ardiente solicitud con que cultiva el talento de sus compañeras de gloria.

La caridad se revela en Teresa por la severa disciplina con que conserva la virtud de sus compañeras de martirio.

Ambas forman una escuela para elevar á la muger.

Safo juzga que las eleva coronándolas de laureles.

Teresa vistiéndolas de sifícios.

Safo las hace componer versos.

Teresa pronunciar oraciones.

Safo las habla de triunfos.

Teresa de penitencias.

Safo las lleva al Liceo.

Teresa las conduce al altar.

Y las dos creen trabajar para la virtud y la gloria.

Ambas luchan por el triunfo de sus Doctrinas.

La hija de la república se emancipa del yugo que la sociedad ha impuesto á su sexo; y proclama en sus cántos la libertad.

La hija del absolutismo se encierra en el claustro y abjura la independencia de la muger.

La poetisa de Atenas quiere establecer liceos en todas partes

La doctora de Avila quiere fundar conventos.

Y ni á la una la contienen las calumnias de sus enemigos, ni á la otra las persecuciones de sus contrarios.

Á las dos misioneras del bello sexo les faltó, para llevar á cabo su grande obra, á Safo la religion cristiana, á Teresa la libertad.

Safo vino al mundo demasiado temprano.

Teresa demasiado tarde.

Safo demasiado temprano, porque aun no se habia destruido el gentilismo, ni habia nacido la Virgen María, modelo de pureza, de castidad, de virtud.

Teresa demasiado tarde, porque ya los frailes habian falseado los principios del cristianismo y anulado los derechos de la muger.

Los obstáculos que Safo halló en su siglo, fueron Baco, Venus y toda la inmoral caterva de dioses fabulosos.

Los obstáculos que halló Teresa fueron los frailes.

El deseo de las reformas, la aspiracion hácia un bien cuyo término era desconocido para ambas, agitaba sus cabezas y las hacia pensar en la regeneracion.

Safo en España, nacida en el siglo de la tiranía, á la sombra de Felipe II, hubiera hecho refulgir su poesía en la religion, y ceñiría su cabeza con el capelo de doctora.

Teresa bajo el cielo de Grecia, en el siglo de la libertad, iluminada por los rayos de Solon, hubiera espaciado su fantasia y ceñiría la corona de laurel.

La misma analogía, la misma similitud, la misma identidad hay en sus corazones.

Abrasadas ambas de un amor imato, vivo, tierno, sublime, inapagable, ambas se enamoran en la juventud. Safo de Faon, Teresa de Jesus.

Sus escritos revelarán su pasión mejor que sus palabras.

Safo.

«Feliz quien junto á ti, por ti suspira;
quien goza del placer de oír tu habla.»

Teresa.

Mira que muero por verte,
y vivir sin tí no puedo.»

Safo.

«Siento de vená en vená, sutil fuego
discurrir por mi cuerpo al ver tu cara.»

Teresa.

«Todo es para mas penar
por no verte como quiero.»

Safo.

«Estiéndese una nube por mis ojos,
pierdo el sentido, oprímome las ansias.»

Teresa.

«¡Ay! ¡qué larga es esta vida!
¡qué duros estos destierros!»

Safo.

«Y pálida, sin pulso, sin aliento,
me hielo, me estremezco, ardo el alma.»

Teresa.

«Y causa en mí tal pasión
ver á mi Dios prisionero,
que muero porque no muero.»

Safo amaba á un hombre, y Teresa á un Dios; y á pesar de eso las emanaciones de su pasión son las mismas.

También Safo es espiritual cuando se contenta con el placer de una mirada.

También Teresa es voluptuosa cuando al tocar la sagrada hostia de la comunión, siente que su sangre hierve, que sus oídos zumban, que se turban sus ojos, y que su lengua se abrasa.

Y es porque Safo diviniza á su amante; y es porque Teresa personifica á su Dios.

Si os repito los coloquios de Safo con Faon, cuando está separada de él, cuando lo ve en ideal, creérais que es el arrobamiento divino de Teresa con Jesus.

Si os cuento los coloquios de Teresa, delante de Jesus, cuando sueña que lo habla y le responde, que lo escucha y lo admira, creérais que es Safo que habla con Faon.

Safo renuncia á la gloria.

Teresa al mundo.

Safo vaga por las noches, errante, trémula, desgreñada, en torno de la casa de Faon.

Teresa pasa las noches en el insomnio, en el llanto, al pié de la Cruz.

Safo arranca sus cabellos llamando á Faon.

Teresa macera sus carnes invocando á Jesús.

Safo acude en sus afecciones á las pitónisas, y cumple sus presagios.

Teresa se prostra ante los frailes, y cree en sus revelaciones.

Religiosas ambas, segun sus creencias, llenas de unciones misteriosas, de aspiraciones sobrenaturales hácia la divinidad, Confiadas, crédulas, supersticiosas, son juguetes ambas de la malicia de sus falsos oráculos.

Las dos pasan su juventud en el éxtasis de la pasión, y las dos sucumben al vértigo que las domina.

Ambas desean morir.

Safo busca la muerte en los mares.

Teresa en la horrible penitencia que quebranta su cuerpo.

Safo en la agonía, aun clama por Faon.

Teresa vuelve su postrera mirada al Santo madero.

La division del amor profano y del amor divino es en cierto modo una division falsa de la metafísica.

Muchas veces el amor se hace profano por el objeto sensual que

elige. Muchas veces se idealiza el amor porque se consagra á un objeto inmaterial.

Si Safo, comprimida por la rígida estrechez de las leyes monásticas, se hubiera fijado en el Dios del cristianismo, hubiera amado como Teresa y hubiera muerto al pié de la Cruz.

Si Teresa, libres los sentidos, y familiarizada con las licenciosas doctrinas de los dioses paganos, hubiera elegido por su amante á un hombre, hubiera amado como Safo, y hubiera muerto en los mares.

Todas las semejanzas que existen entre estas dos mugeres, las crearon sus diferentes religiones, la educación, las costumbres de sus distintos países.

Dotadas ambas de un talento flexible y comunicativo, hubieran dado iguales resultados, colocadas en un mismo siglo y en una misma sociedad. Sus almas se tocan, sus ingenios fraternizan. ¡Safo! ; Teresa! sois un enjendro de la madre eternidad, para quien los siglos son minutos, que os dió á luz casi á un mismo tiempo. Sois dos gemelas que habeis recibido un mismo soplo de vida, y la misma inspiración inmortal, que os hará marchar juntas en los siglos.

El mundo antiguo tuvo para Safo una estatua.

El mundo moderno tiene para Teresa un altar.

CAROLINA CORONAHO.

Sierra de la Jarilla.—Mayo de 1848.



JUPITER Y LEDA.

Este medallón de figura elíptica, hecho de mármol de Carrara, se halla situado sobre el arco interior de un oscuro salón subterráneo por debajo del gran salón de Comaresk, en el palacio árabe de la Alhambra de Granada.

Representa, como se vé en la copia, la fábula de Júpiter y Leda; á los lados hay dos sátiros que con maligna sonrisa y actitud espían las caricias que hace á la bella ninfa el padre de los Dioses, convertido en ave.

El salón, se llama del tesoro por el de monedas árabes que en él se halló hace algun tiempo, y de las ninfas por dos estatuas de trabajo mas inferior que hay colocadas en los machones del arco, á los lados del medallón.

Algunos creen sin fundamento que estas esculturas son antiguas; otros las creen de la mano de Leoni; pero las personas mas inteligentes aseguran que el medallón y otro adorno primoroso que hay sobre el dintel de la puerta del fondo son de Morell. Esta es también nuestra opinión, y nos fundamos en la semejanza que hay entre estas esculturas y otras que el mismo artista hizo en el vecino palacio del emperador Carlos V, principalmente el roba de Anphitrite por Neptuno, y el triunfo de este Dios. Todas se hicieron en los últimos años del siglo XVI.

Es probable que cuando se suspendió la obra de este palacio, el citado medallón y las tres esculturas para evitar su deterioro, se colocasen provisionalmente en el sitio donde se hallan.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

(Continuación.)

VII.

Los derechos de los metropolitanos entre sí eran iguales, y no existía marcada distinción: la presidencia la daban la antigüedad

de la fecha de su consagración. Ya hemos dicho que no existía en nuestro suelo primado ó patriarca; y tan solo á mediados del siglo VII observamos que el metropolitano de Toledo comienza á reclamar de sus colegas un derecho de supremacía, fundado en que en aquella ciudad se celebraban los concilios.

Los derechos de los metropolitanos consistían en fijar el lugar donde debían celebrarse los concilios provinciales anuales, confirmar y consagrar á los nuevos obispos, vigilar el mantenimiento y pureza de la disciplina eclesiástica en los obispados y parroquias, y ser el árbitro ó juez en las cuestiones suscitadas entre los obispos. En cuanto á estos, sus principales funciones consistían en consagrar las iglesias y conferir las sagradas órdenes, y el sacramento de la confirmación. El número de los obispos se aumentó considerablemente bajo el reinado de los reyes godos católicos, contándose hasta ochenta, de los cuales solo ocho residían en la Gallia carbonense. Tenían obligación precisa de residir en sus respectivas cabezas de la diócesis, salvo el tiempo que empleaban en la visita anual, ó cuando el metropolitano los llamaba á su lado. A ellos pertenecía también la provision de los beneficiados que eran propiedad de las iglesias, y cuyo usufructo ó renta estaba en la masa comun de bienes de las mismas, despues de la muerte del beneficiado.

VIII.

Los fundadores de una iglesia ó monasterio tenían el derecho llamado *jus patronatus*, de nombrar al cura ó abad; y si por malversación ó pérdida de sus bienes caían aquellos en la indigencia, así como sus descendientes, debían ser mantenidos por la misma iglesia ó monasterio que habían fundado. Cargo era también de los obispos el vigilar cuidadosamente los capitulos y seminarios anexas á las catedrales: estos seminarios se poblaban de los hijos á quienes sus padres ofrecían á las iglesias para que los empleasen en su servicio. Un administrador ó ecónomo nombrado por el obispo, cuidaba de los bienes legados para servicio del altar, por los fieles y los mo-

narca. Estos bienes se dividían en tres partes; una para el obispo, otra para el beneficiado y otra para el culto. El obispo no podía enajenar estos bienes sin el consentimiento de la Iglesia ó su capítulo; y unas leyes, azares severas, protegían al clero inferior á secundario contra las frecuentes exacciones de los obispos. El que se creía injustamente sentenciado por la potestad secular, podía apelar de aquella sentencia al obispo, el cual podía anularla ó reformarla; pero debía ser confirmada por el rey. El Fuero-Juzgo concedía á los obispos el derecho de inspección sobre los jueces; mas bien como un cargo que como derecho, segun dice un autor. Segun el cuarto concilio de Toledo, «los obispos han recibido de Dios la misión de proteger á los pueblos. Por consiguiente, cuando ven que los jueces y los poderosos oprimen á los débiles, deben ante todo hacerse ver y reprenderles; y si menosprecian sus avisos, deben dar cuenta al rey de esta insolencia, á fin de que los que no hayan sabido callarse con los consejos del sacerdocio sean castigados por la justicia real. Y si un obispo dejara de cumplir con su deber, puede ser acusado ante el concilio.»

IX.

Desde el establecimiento del cristianismo en España hasta el séptimo siglo, la elección de los obispos pertenecía, segun se acostumbraba en la primitiva Iglesia, al clero y al pueblo; las parroquias ó feligresías proponían el candidato, cuya elección debía ser ratificada por el metropolitano. Empero después del siglo séptimo se pierde toda traza de esta elección popular, y el rey toma naturalmente el lugar del pueblo: la clerecía de cada diócesis presentaba los candidatos, y el rey elegía entre los presentados, salva la ratificación del metropolitano; cláusula que bastaba por sí sola á arear una perpétua lucha entre dos poderes rivales, á la par que aparecían aliados.

Andando el tiempo, la necesidad que se presentaba á cada momento de proveer sin pérdida de tiempo las vacantes que ocurrían, ofreció al metropolitano de Toledo, cuya permanencia en la corte era casi fija, el adquirir el derecho de los nombramientos provisionales, salva siempre la confirmación por el rey. De esta manera fué entronizándose esta verdadera *primacia*, no reconocida nunca por las constituciones de la Iglesia gótica.

Después de los obispos, la gerarquía eclesiástica se componía de los presbiteros, diáconos, subdiáconos, lectores, salmistas, exorcistas, acólitos y ostiarios ó porteros, revestidos estos seis últimos de los órdenes menores. Mas tarde se añadieron el arcipreste, el arcidiacono y el dean, que debían residir precisamente dentro de las catedrales, y luego el tesorero y el economo. Para poder llegar á ser diácono ó presbítero era preciso haber pasado por todos los grados inferiores.

Merced á esta rigorosa escala, la disciplina eclesiástica era muy severa. El comercio, que estaba permitido á los clérigos á causa de su pobreza, les fué enteramente prohibido después del siglo sexto. La residencia en las Iglesias era obligatoria, y el que la abandonaba sin consentimiento del obispo, se le espulsaba de ella, siendo además severamente castigado; y si el mismo obispo podía trasladar á un clérigo de una Iglesia á otra sin consentimiento del sínodo. Segun el concilio tercero de Toledo, el de Valencia en el año 546, y el de Tarragona en 546, se permitía el matrimonio tan solo á los que habían recibido los órdenes menores, pero por una sola vez y casándose con una virgen, y en tal caso no podían recibir los órdenes mayores sino siendo de avanzada edad ó separándose de su esposa. Un sacerdote no podía tener en su misma casa ó vivir sino con su propia esposa, su hermana ó su hija. La union de un clérigo con una mujer era castigada con la degradación ó reclusión perpétua, y á la mujer se le confinaba en un convento ó se la vendía públicamente como esclava. Las severas leyes de los últimos concilios de aquella época, muestran sin embargo bastante el relajamiento de costumbres de la clerecía; relajación que fué mas tarde autorizada por ciertos fueros ó inmunidades que se le otorgaron.

X.

Restanos ahora para completar este sagrado cuadro dar una breve idea del establecimiento y costumbres de los conventos y monasterios.

Desde la mas remota antigüedad, y mucho tiempo antes de establecerse los conventos de regulares, se encontraban en España algunos individuos dedicados á la vida solitaria y contemplativa. Empero muy pronto principiaron las quejas contra estos cenobitas, azares aulibios que San Isidoro compara á los centauros de la fabula, pues que ni podían considerarse como clérigos, ni como monjes, ni como laicos. El cuarto concilio de Toledo mandó que todos los eremitas diseminados por los vastos desiertos de nuestro suelo, se reuniesen á vivir en común en los monasterios. Hacia esta época, pues,

deba considerarse el principio de la segunda edad de la vida monástica; ésta es: la vida roman sin regla fija. Uno de los canones del concilio de Tarragona, en el año 516, nos hace ver que la fundación de los primeros monasterios de España data de fines del siglo quinto; empero ya desde la mitad del sexto aparecen ciertas fundaciones regulares. San Martín de Hungría, segun nos asegura San Isidoro de Sevilla, fundó en Galicia hacia el año 580, en el reinado de Teodomiro, rey de los suevos, el convento de Dumio, próximo á Braga; y pocos años después, en 570, San Donato, uno de esos zelosos trabajadores de la fé cristiana que ádaban sin tregua ni descanso propagando por do quiera las doctrinas del Salvador del mundo, vino del Africa á España á la cabeza de sesenta compañeros y discípulos, á fundar un monasterio junto á Sétabis, hoy Iábita, en el reino de Valencia. Ambos fundadores dieron regla fija á sus monjes.

No tardaron, después de estos, en erigirse en la península algunos monasterios, pais tan favorable á estos deseos por el carácter vivo y entusiasta que distinguía á sus habitantes, cual tiernos hijos en derredor de una madre cariñosa. El ejemplo, el deseo de imitación, y aun puede decirse la moda, derramaron en todas las clases de la sociedad, el deseo de entregarse á la vida contemplativa, significándose á esto los votos, las profesiones monásticas; mientras que los obispos y el clero secular, naturalmente rivales de aquellos piadosos cenobitas, que sin tenerlas cargas de su estado recogían mayores y mas pingües beneficios, se apresuraron á reivindicar el derecho de vigilar los monasterios y casas de retiro, segun se echa de ver en los concilios de Toledo y de Mérida. Los monjes, á quienes al principio se les consideraba como legos, obtuvieron hacia el siglo VII el permiso de poder ejercer el sacerdocio dentro de las Iglesias de sus conventos, y aun algunas veces fuera de ellas: mas la rivalidad y zelosa vigilancia de los obispos fué degenerando poco á poco en opresión; y los monjes, viéndose forzados á abandonar un tanto su profesion para procurarse su sustento con sus trabajos manuales, apelaron á los concilios que reprimieron este abuso de autoridad. Desde aquella época el derecho de los obispos se circunscribió á vigilar la conducta de los monjes, y á nombrar el abad y demas superiores de los monasterios.

XI.

Las reglas de las órdenes regulares variaban segun el capricho ó intención del fundador, alejándose ó aproximándose á la de San Benito, que era la que generalmente regia en el occidente. Estas eran, por lo regular severas, prohibiendo las mas el trabajo manual, fomentando por consiguiente la doble inclinación del pueblo á la pereza y á la contemplación. De aqui resultó que la vida monástica llegó á alcanzar un alto renombre de perfección y de santidad; de manera que muchos de los que pertenecían al clero secular abandonaban su estado para disfrutar de los gozes de obra viva mas tranquila, y de una dévota ociosidad; tanto, que en el concilio cuarto de Toledo se mandó no pusieran los obispos obstáculo alguno al que quisiera retirarse á los claustros, revocando las anteriores decisiones del concilio de Zaragoza, que en el año 380 prohibió á los clérigos semejante apostasia. Comprendense fácilmente estas órdenes prohibitivas de los primeros concilios, porque apenas comenzada á expandir la luz del Evangelio, y por do quiera también combatida con furor, era preciso aumentar y fortalecer las filas de los que por ella peleaban, para que, con sus consejos, sus máximas y su ejemplo aseguraran la nascente fé de los neófitos, y no abandonasen el campo para encerrarse en el rincón de una celda, lejos del mundo, pensando tan solo en su salvación. Por eso, mas tarde, cuando la victoria ya casi podia llamarse asegurada, fueron los monasterios engrandeciéndose, y llenándose sus celdas de fervorosos cenobitas, que buscaban en el silencio y mística contemplación de las verdades eternas el fortalecer la luz de su razon, cuyo reconocimiento y estudio fueron por el tiempo el áncora de salvación, y el mas firme apoyo para la extensión y propagación de los conocimientos é investigaciones del saber humano. Sin embargo, las inmunidades que los papas, especialmente Gregorio el grande, este gran propagador de la milicia monástica, les concedieron, no fueron admitidas en España, y algunas con grande y obstinada prevención: el espíritu independiente del episcopado español luchó con gran ventaja con las pretensiones de la Santa Sede.

Ademas de las profesiones monásticas que hacían los aspirantes por su propia voluntad, algunos padres consagraban ó dedicaban á sus hijos á la vida monástica; y estos votos, aunque contrarios sin conocimiento propio y por tercera persona, no por eso eran menos obligatorios. Este uso, que podemos llamar tiránico, fué modificándose andando el tiempo, prohibiéndose al presentar á nadie para el servicio del altar, antes de cumplir diez años de edad, como se puede ver en el concilio décimo de Toledo, como si en esta época se pudiese tener ya completa y madura juicio y vocación. En cuanto á las mou-

las estaba espresamente prohibido bajo las mas severas penas el abandonar sus conventos para entrar en la vida secular.

XII.

Los conventos de religiosas se hallaban con muy corta diferencia regidos por las mismas reglas. En los primitivos tiempos de su institucion las estaba prohibido el tomar el velo antes de los cuarenta años de edad, segun aparece por el concilio primero de Zaragoza. Sin embargo, bajo el nombre de vírgenes veladas, podian pronunciar los mismos votos, mas sin salir de la casa paterna, ó viviendo en compañía de un eclesiástico anciano, con la obligacion, bajo las penas mas severas, de guardar castidad y obediencia. Los conventos de religiosas, así como los de los hombres, se hallaban bajo la vigilancia de los obispos, los que nombraban algunos monjes para que ejercieran el cargo de directores y administradores temporales. Existian tambien algunos conventos mistos, empero la iglesia ó templo era comun á ambos sexos.

XIII.

Habiéndose conservado el breviario godo, fácil es de presumir que los ritos del culto y la misa no debian sufrir una alteracion notable bajo el dominio de los godos. Dejando aparte el derecho de velo, cuyo origen se remonta á la mas alta antigüedad, las inmunidades eclesiásticas eran en aquella época muy limitadas. El clero contribuia por su parte lo mismo que el pueblo con su cuota de impuestos públicos, naturalmente menos en las iglesias parroquiales que en las catedrales y alta clero, dependiendo de los tribunales ordinarios en las causas civiles y criminales, cuyo uso se conservó aun bajo el reinado de los reyes españoles sus sucesores.

El Fuero-juzgo en su libro segundo señala las penas á que se habian acreedores los clérigos que no querian reconocer como competentes los tribunales ordinarios, y no asistian á sus emplazamientos. El alto clero era el único que se hallaba exento de los tres castigos de sacramento, azotes y pena capital. El inferior ó secundario solo podia libertarse de los trabajos públicos ó presidio. En caso de invasión los obispos y demas clérigos sin escepcion debian tomar las armas en defensa del territorio, y entonces estaban sujetos á las mismas penas y castigos que los laicos. Tampoco estaban exentos los

obispos de pagar los impuestos, teniendo por el contrario obligacion de ayudar al erario público con fuertes sumas.

Ademas de estar el clero sujeto á los tribunales ordinarios de justicia, tenia sus juicios particulares, ante los cuales podia un eclesiástico citar á otro de su misma clase. En la gerarquia eclesiastica cada grado era juez de los que se hallaban en el inferior; pero de su sentencia se podia apelar al metropolitano, y de este al rey, el qual nombraba jueces especiales que entendiesen en el asunto. Estos tribunales improvisados no podian imponer al reo pena alguna corporal, excepto los azotes. Empero esta jurisdiccion que podríamos llamar suplementaria, no podia arrancar las causas ni los culpables de manos de la justicia ordinaria, excepto en el caso de apelacion al obispo.

(Concluirá.)

Luis MIQUEL Y ROCA.

PRUDENCIA DE UN ALCALDE.

Un regimiento pasaba por un pueblo y tenia que atravesar un bosque inmediato en que abundaban las cuadrillas de bandidos; el alcalde del pueblo se presentó al coronel del regimiento y le propuso que aceptara la escolta de cuatro agentes municipales para evitar las consecuencias de un encuentro desagradable.

UN BUEN CRIADO.

—Alberto.
—Mande V., señor.
—Ten cuidado mañana de despertarme á las cuatro, que tengo que marcharme á las cinco.
—Tendrá V. la bondad entonces de llamarme mas temprano que de costumbre.

Napoleon y Lord Biron eran delgados, pálidos y debilitados antes de haber llegado al término de sus deseos. Engrosaron cuando llegaron á conseguir la posicion que habian ambicionado.

En las facciones de Lord Biron y de Napoleon, se veia marcada una sensibilidad profunda, y sin embargo su fisonomia tenia generalmente una expresion satírica y desdenosa.



El Angel de la Guarda.